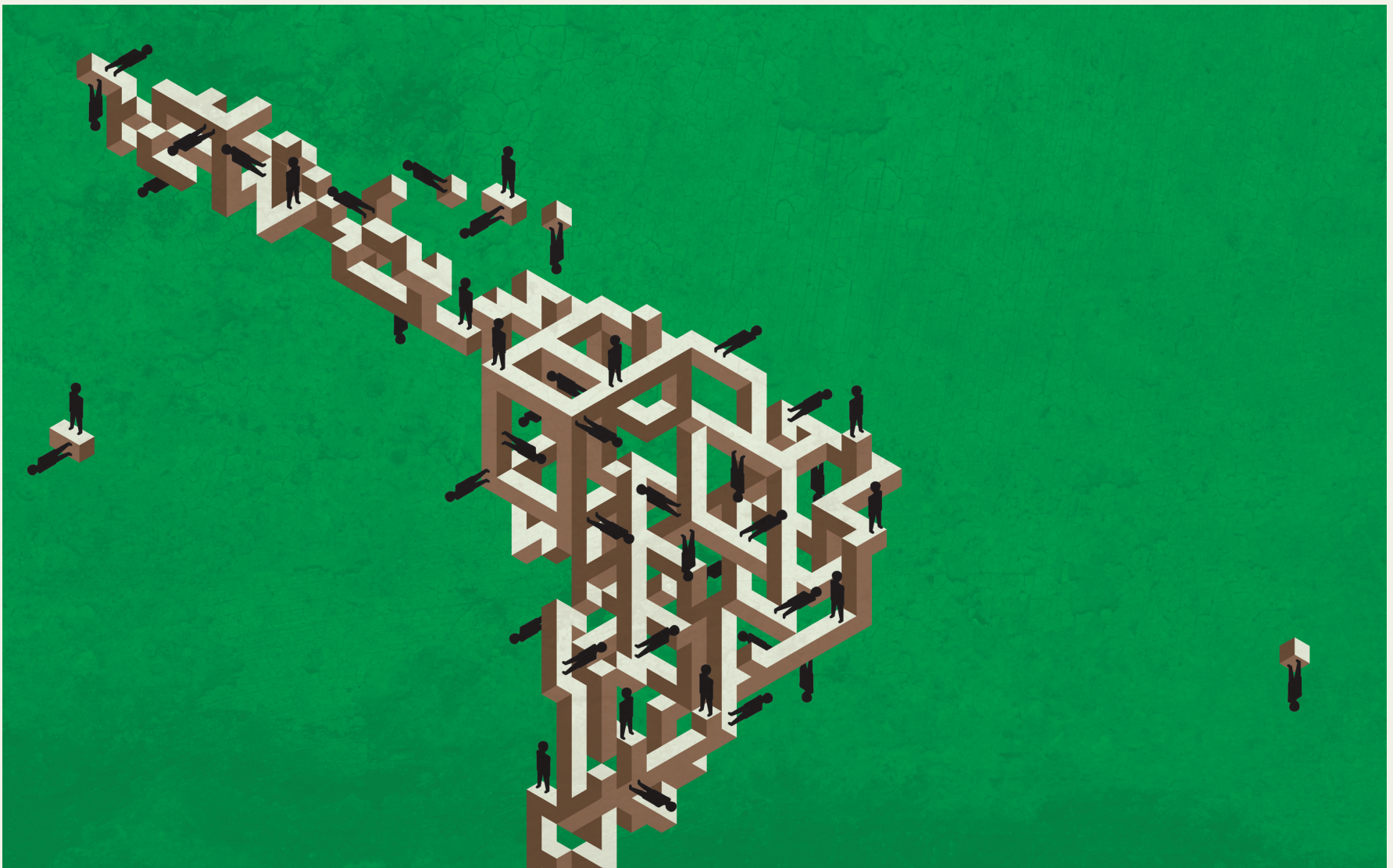




LA INTEGRACIÓN REGIONAL EN AMÉRICA LATINA Y SUS DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS

Carlos Eduardo Martins*



La década del noventa fue escenario de la fuerte ofensiva del Consenso de Washington sobre los procesos de integración regional en América Latina y el Caribe, los cuales fueron reestructurados en favor del imperialismo estadounidense y sus pretensiones de expandir su poder sobre las Américas. Fue la época del protagonismo de las políticas cambiarias y macroeconómicas del Consenso de Washington, de la apertura comercial y financiera, del regionalismo abierto, de los TLC inspirados en el TLCAN y de la amenaza del ALCA. La crisis del neoliberalismo y de

la hegemonía unipolar de los Estados Unidos desde finales de los noventa allanó el camino para reorientar el proyecto de integración hacia la afirmación de la soberanía de América Latina y el Caribe.

El ascenso de las izquierdas en la región, especialmente en América del Sur, fue precedida por la crisis internacional de 1998, la cual restringió severamente el flujo internacional de capitales y dejó al descubierto los déficits comerciales y de cuenta corriente causados por las políticas neoliberales, lo que evidenció el saldo negativo del período: fuerte endeudamiento público interno y externo, desindustrialización —especialmente en los segmentos de alta tecnología—, periferización, aumento de la precarización, sobreexplotación laboral y altos niveles de desempleo y pobreza. El ascenso de

* Profesor del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “Integración regional y unidad Latinoamericana y caribeña”.



las izquierdas se expresará en dos proyectos diferentes que se articularán en un bloque histórico para refundar el paradigma hegemónico de la integración en América Latina y el Caribe, guiándolo hacia un nuevo paradigma que tiene como objetivo construir una integración soberana, capaz de reducir las asimetrías y las desigualdades, y de promover la soberanía financiera, productiva, científica y cultural; las democracias populares y la sustentabilidad ecológica. Este bloque histórico contradictorio articula dos fuerzas políticas distintas: el nacionalismo popular, cuyo epicentro es el eje bolivariano, que se expresa en el proyecto de un capitalismo de Estado, con un fuerte enfrentamiento con las oligarquías nacionales e internacionales, y que aspira en los casos más extremos a la construcción de un socialismo del siglo XXI. La otra, más moderada, de centro-izquierda, articula políticas compensatorias y la combinación de una política monetaria y fiscal conservadora con una política exterior centrista, multilateral y pragmática, que se aleja del alineamiento con los Estados Unidos, sin asumir una perspectiva anti-imperialista ni una confrontación con las oligarquías internas del eje bolivariano.

De 1999 a 2008 las izquierdas ganaron posiciones políticas en el contexto de América Latina y el Caribe, de modo articulado con un entorno internacional de corto y mediano plazo bastante favorable. Las victorias en Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Chile, Paraguay y Honduras están vinculadas a grandes excedentes comerciales que proporcionaron los saldos de las cuentas corrientes en América del Sur, o en toda la región, si estos se suman a las remesas de los inmigrantes. La acumulación de grandes reservas monetarias permitió la reducción de la deuda externa y una relativa capacidad de iniciativa financiera. Adquirió fuerza la defensa de una integración soberana basada en una arquitectura financiera capaz de impulsar inversiones en infraestructura y en los sectores estratégicos, generando una reformulación de la estructura productiva en favor del aumento del desarrollo tecnológico y de la gestión de recursos naturales clave. Esta arquitectura financiera debería contar con un banco de desarrollo, un fondo de estabilización contra los movimientos especulativos y una moneda regional basada en una canasta de monedas nacionales. El epicentro de este nuevo paradigma de integración es la UNASUR. Esta se articula con el ALBA y se convierte en la base de la ofensiva política que permite la formación de la CELAC, que reúne por primera vez los países de América Latina y el Caribe en su propia organización política, sin la participación de los poderes centrales o de antiguas potencias coloniales. Brasil se encuentra en una posición extraordinaria para impulsar una nueva arquitectura financiera, ya que desde 2007 también recibe gran parte de los flujos de capital que se dirigen a la región, lo que equivale al 44,5% de sus reservas monetarias y constituye la gran mayoría de las reservas de América del Sur.

Los avances político-institucionales son importantes, pero también son lentos. Creado en diciembre de 2007, el Banco del Sur no tiene todavía la participación de Brasil, ya que esto precisa ser aprobado por su Parlamento. Los recursos que formarán el capital suscrito del Banco del Sur son desproporcionados y desiguales, ya que lo que le corresponde a Brasil —en los valores de 2010— es un 0,14% de su PBI, o sea US\$ 7 mil millones, mientras que a Bolivia y Paraguay le corresponde el 1,2%. Las propuestas para un fondo de estabilización financiera y una moneda sudamericana regional no han avanzado, pero en paralelo Brasil auxilió a la caja del FMI con US\$ 10 mil millones ante la crisis de 2008-2010, sin la contrapartida de las prometidas reformas de la institución, y asimismo participa en la formación del fondo de estabilización del BRICS, donde se propone contribuir con US\$ 18 mil millones.

La década del dos mil diez no va a ser tan generosa con América Latina. El auge de los *commodities* parece llegar a un límite, las remesas de los inmigrantes llegaron a un techo con la crisis en los países centrales, al tiempo que aumentan drásticamente las remesas de utilidades y pagos por servicios tecnológicos en función del ciclo de entrada de capitales extranjeros que comenzaron en 2010 y se espera que se agoten en esta década, lo que aumenta la vulnerabilidad de la región. Se torna así fundamental avanzar en la construcción de una arquitectura financiera regional sólida y amplia que estimule una reestructuración productiva capaz de revertir la reprimarización de la pauta de exportación y proporcione estabilidad frente a los ataques especulativos. En especial situación de vulnerabilidad se encuentran, en el corto plazo, Venezuela y Argentina, que hoy representan conquistas importantes de las izquierdas sudamericanas.

El punto más sensible es el de Venezuela, por su importancia estratégica para el ALBA, particularmente para Cuba y los países del Caribe. Desde el fallido golpe de Estado de 2002 contra el gobierno de Chávez, cantidades extraordinarias de recursos han salido por la cuenta financiera de la balanza de pagos. Estas sumas fueron financiadas en gran medida por los saldos de la balanza comercial. Sin embargo estas se tornan cada vez más insuficientes debido a la reestructuración estratégica del sector energético en los Estados Unidos, lo que reduce el déficit de la cuenta de petróleo de este país y las importaciones de petróleo de Venezuela, y el dramático aumento de las remesas de utilidades y pagos de servicios desde la crisis de 2008, lo que reduce los saldos en cuenta corriente, aumentando la vulnerabilidad de los movimientos en la cuenta financiera. El resultado es una fuerte presión sobre las reservas y sobre la devaluación de la moneda, lo que genera crisis de desabastecimiento y alza de precios de los productos importados que representan una gran parte del consumo interno. Tal escenario viene propiciando el ambiente para una ofensiva política de la derecha fascista hacia el derrocamiento del gobierno de Maduro, que es apoyado, sin embargo, por la mayoría de la población, como lo demuestran las elecciones presidenciales y municipales.

En el caso argentino, se destacan de manera similar la vulnerabilidad de la balanza de pagos y la ofensiva política de la derecha, que aparece como más moderada e institucional, con vistas principalmente a la elección de 2015. Desde el año 2008, la reducción del nivel de superávit comercial y el aumento de las remesas de utilidades y pagos de servicios se combinan con las salidas de capital en la cuenta financiera, ya sea debido a la especulación, ya sea como resultado de los pagos de la deuda externa, presionando negativamente las reservas e impulsando la devaluación de la moneda, con fuertes impactos de contracción de la demanda popular.

Este contexto de realineación de las fuerzas políticas en América Latina revela algunas cuestiones:

- a) Los límites del capitalismo de Estado para imponer la planificación, la soberanía y la construcción de un mercado de masas sobre la lógica del gran capital. Para superarlos, el capitalismo de Estado debe entender el proceso de nacionalización y expropiación de sectores estratégicos, en particular del sector financiero, requisito indispensable de una arquitectura financiera soberana. Aunque el proceso de nacionalización haya avanzado en Venezuela en sectores clave, aproximadamente el 70% de los activos bancarios está en manos del sector privado nacional y extranjero.
- b) Los límites de la estrategia de inserción internacional a largo y medio plazo sobre la base de la renta minera. La política de sustentación de la renta minera debe vincularse a la articulación de un acuerdo pro-

ductivo que diversifique la producción nacional y la canasta de exportaciones, y garantice la gestión científica y tecnológica de los recursos naturales así como la soberanía alimentaria.

c) Las limitaciones de los procesos netamente nacionales para satisfacer las necesidades de desarrollo de las grandes masas de América Latina. La construcción de una estructura productiva compleja, la diversificación de la canasta exportadora, la soberanía alimentaria y el establecimiento de una arquitectura financiera soberana requieren escalas y desarrollo de procesos regionales, aunque el alcance de estos dependan de la participación de países centrales o de potencias emergentes.

Vivimos un largo y oscilante período de crisis de la hegemonía de Estados Unidos que comenzó en la década del setenta, con fuertes tendencias estructurales hacia la multipolaridad y que se evidencian con más fuerza en el siglo XXI. Esta tendencia a la multipolaridad se presenta de forma asimétrica, concentrándose en algunos países con fuerte vocación continental o regional, pero incapaces de producir por sí solos un cambio geopolítico mundial. Para mejorar los procesos de integración y permitir el pleno cumplimiento de los desafíos de una soberanía financiera, productiva, alimentaria, científica y militar, es preciso conectar a estos los polos de asimetría, descentralizando sus recursos en favor de las ganancias colectivas, e inscribiendo su empoderamiento individual en el contexto más amplio del fortalecimiento regional o multipolar.

El camino hacia una nueva geopolítica mundial que constituya a América Latina y el Caribe como uno de los centros de poder mundial debe articular ALBA, BRICS y UNASUR. Si Venezuela representa aproximadamente el 60% del PBI del ALBA, Brasil representa aproximadamente el 50% del PBI de la UNASUR y China casi el 55% del PBI de los países del BRICS. Por lo tanto, el liderazgo brasileño se convierte en fundamental para articular a América Latina y el Caribe en la arquitectura financiera del BRICS. Sin embargo, la construcción de una arquitectura financiera cooperativa que proyecte a América Latina y el Caribe como uno de los pilares de una nueva geopolítica mundial requiere el desarrollo de una perspectiva de izquierda que rompa con la herencia neoliberal y el sub-imperialismo, e impulse una perspectiva solidaria e internacionalista. Para citar un ejemplo, a pesar de los avances solidarios de su política exterior, las recetas brasileñas provenientes de la remisión de utilidades se ha triplicado desde 2005 alcanzando la cifra de los \$ 10 mil millones, lo cual está vinculado a un modelo de integración productiva financiado por el BNDES —y no por un banco regional— para la formación de clústers nacionales, incluso con fuerte asociación con el capital extranjero.

Si por un lado Brasil ahora cuenta con reservas suficientes para construir una arquitectura financiera que estabilice en el corto plazo la macroeconomía regional de América Latina y el Caribe, por otro lado la mala calidad de sus reservas, que no se vinculan a los saldos de las cuentas corrientes y sí a las entradas de capital extranjero, lanza una advertencia sobre la posibilidad de ejercer este papel estabilizador en el mediano y largo plazo, una vez que se invierta la fase cíclica de predominio de las entradas sobre las salidas de capital extranjero, típica del escenario latinoamericano. La articulación con una arquitectura financiera del BRICS se convierte así en crucial para la estabilidad macroeconómica en el mediano y largo plazo. Esta deberá promover una reorganización productiva en la región, evitando la especialización primaria de

la exportación y priorizando la reactivación de la industrialización, interrumpida por la crisis de la deuda externa, la ofensiva neoliberal y la financiarización del capitalismo latinoamericano.

La tendencia de mediano y largo plazo de la economía china consiste en desarrollarse como economía de servicios. El aumento de la concentración industrial en China, que representa hoy al 50% de su PBI, genera problemas ambientales drásticos, aumenta su dependencia de la importación de materias primas y orienta la producción a mercados extranjeros, en particular los Estados Unidos y Europa, lo que aumenta la desigualdad interna y la exposición a las crisis cambiarias de estos mercados. La construcción de redes tecnológicas de investigación y desarrollo con los países del Sur podrá incluso elevar la capacitación empresarial de China, ampliando la división del trabajo e impulsando la ruptura de los monopolios tecnológicos globales. La industrialización y el desarrollo científico de los recursos naturales estratégicos puede ser un importante aporte tecnológico de América Latina y el Caribe. Esto deberá basarse en el fortalecimiento de las empresas estatales y en su articulación con las regionales.

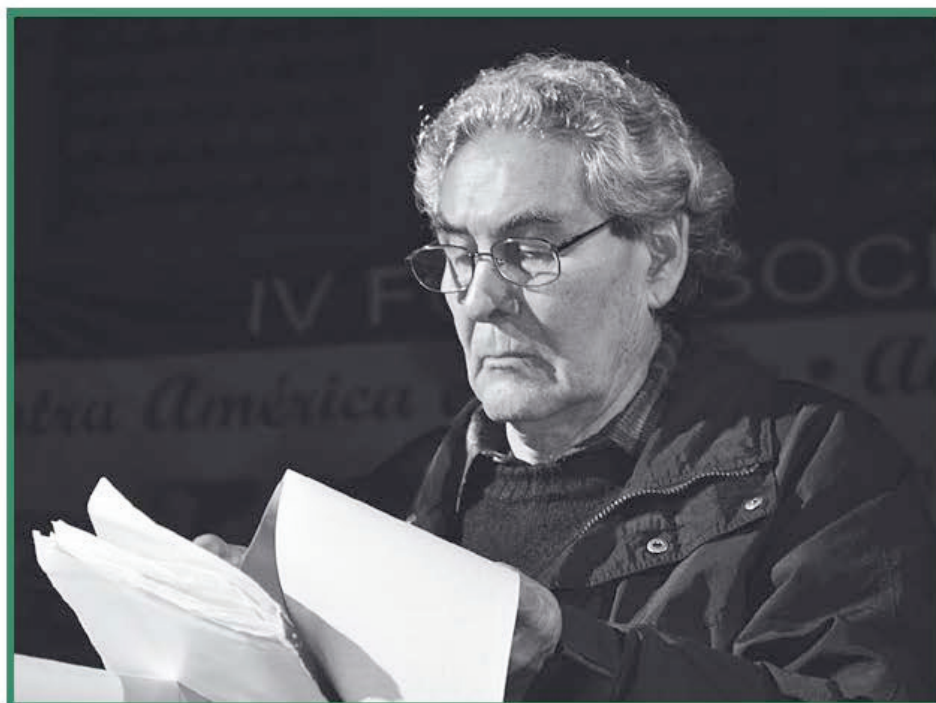
Existe un espacio para la cooperación estratégica entre América Latina y el Caribe y los BRICS, cuya potencia principal es China. Para impulsarlo Brasil tendrá más fuerza cuanto mayor sea su capacidad de representar los intereses de la región, lo que requiere de su compromiso con una integración solidaria. Pero para que este desafío estratégico se cumpla se hace necesario el fortalecimiento y la maduración de las izquierdas en la región y también a nivel internacional. Conspiran contra su realización la reestructuración del poder imperialista y de su alianza con socios locales, la debilidad estratégica de las izquierdas en la región, el compromiso de parte de ellas con la herencia neoliberal y la anarquía en el ámbito internacional que restringe el alcance de la cooperación Sur-Sur.

Traducido del portugués por Santiago Basso



ANÍBAL QUIJANO

CUESTIONES Y HORIZONTES



ANTOLOGÍA ESENCIAL

**DE LA DEPENDENCIA HISTÓRICO-ESTRUCTURAL
A LA COLONIALIDAD/DESCOLONIALIDAD DEL PODER**

Selección y prólogo a cargo de
DANILO ASSIS CLÍMACO

COLECCIÓN ANTOLOGÍAS



CLACSO

DESCARGUE EL LIBRO COMPLETO O ADQUIERA SU VERSIÓN IMPRESA EN:

LIBROS
REVISTAS
ENCICLOPEDIAS
COLECCIONES



LIBRERÍA
LATINOAMERICANA
y CARIBEÑA de
CIENCIAS SOCIALES

www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

**RED DE BIBLIOTECAS
VIRTUALES DE
CIENCIAS SOCIALES**

biblioteca.clacso.edu.ar

ACCESO LIBRE A 30.000 TEXTOS

La mayor Red de Bibliotecas Virtuales de
Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe